

LA SOCIEDAD PALIATIVA

María Angélica González Martínez¹

Byung-Chul Han nació en Seúl, Corea del Sur, en 1959. Estudió Filosofía en la Universidad de Friburgo y Literatura Alemana y Teología en la Universidad de Múnich. En 1994 se doctoró con una tesis sobre Martin Heidegger. Ha impartido cátedra en diversas universidades de Europa y es autor de más de una decena de libros. La obra es un ensayo que tiene por tesis central la idea de que el dolor no tiene sentido porque la vida misma carece de él. El libro tiene un total de 96 páginas y fue editado en 2021 por la Editorial Herder en Barcelona, España.

En esta obra, Byung-Chul Han aborda un tema álgido y muy necesario si pretendemos abordar a fondo algunas problemáticas socioculturales. El autor parte del supuesto de que en Occidente se ha producido un cambio radical de paradigma. Se afirma que la relación que tenemos con el dolor revela el tipo de sociedad en la que vivimos. Por ello, toda crítica social tiene que desarrollar su propia hermenéutica del dolor. Hoy en día impera una (algofobia) o fobia al dolor, un miedo generalizado al sufrimiento. Con el fin de evitar el dolor, las personas viven en un estado de *anestesia permanente*. Los alcances de este estado trascienden al ámbito de lo social, lo cultural y lo político.

Después de crear un marco de referencia al tema que se desarrolla, Han plantea como tesis central de la obra que la sociedad neoliberal del rendimiento se caracteriza por su tendencia al hedonismo; por lo tanto, se percibe que el dolor carece de sentido y de utilidad. La nueva fórmula de

¹ María Angélica González Martínez es Licenciada en Economía por el ITESM. Tiene Maestría en Estudios Humanísticos por el ITESM. Doctorante en Estudios Socioculturales en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Correo electrónico: magm.colibri@gmail.com

dominación es sé feliz, afirma el autor. En contraposición, en épocas pasadas, la *sociedad disciplinaria* tenía una relación básicamente positiva con el dolor, siendo la disciplina aquella que mantiene al ser humano en contacto con el dolor. Desde esta perspectiva, el dolor tiene un papel constructivo. La persona, hoy en día, no considera que su cuerpo pueda estar orientado hacia un fin superior, el cuerpo es más que nada un fin en sí mismo que desea mantenerse en las zonas de bienestar.

Actualmente, el poder se ejerce desde el orden de la dominación (sé feliz), de manera que el individuo hereda un capital orientado hacia el desarrollo de una ininterrumpida capacidad de rendimiento. El individuo se explota voluntariamente a sí mismo desde su interior y no es consciente de la pérdida de su libertad y de la sumisión al coto de poder. Tampoco hay lugar para el cuestionamiento crítico de la situación social. “La permanente anestesia social impide el conocimiento y la reflexión y reprime la verdad” (Han, 2021: 25).

En el ámbito social se presenta una pérdida de solidaridad; sólo existen individuos preocupados de sí mismos y de su felicidad. El sufrimiento se asume como resultado del propio fracaso, así se explica el creciente aumento de estados depresivos. Al estar angustiada y afligida, la persona no puede más que ocuparse de sí misma, perdiendo el horizonte de los desajustes sociales. El sujeto narcisista ha quedado desfondado; el cansancio es el responsable. El autor nos recuerda que desde la óptica de Nietzsche, el dolor y la felicidad son hermanos gemelos que deben crecer juntos; quien no es receptivo para el dolor también se cierra a la felicidad.

“Somos demasiado vitales para morir, y estamos demasiado muertos como para vivir” (*ibidem*: 32) Ante el problema de la pandemia, Han toma postura y hace una crítica a la sociedad paliativa, argumentando que todas las fuerzas vitales se emplean para prolongar la vida. La algofobia se traduce en tanatofobia; la prolongación de la vida se constituye en el valor supremo. De esta manera, la vida queda vacía de sentido y, por lo tanto, se convierte en mera supervivencia; a la par, la muerte es también un sinsentido. La pandemia ha venido a recordarnos que somos seres mortales.

El dolor carece de sentido, hemos perdido por completo el arte de padecer el dolor. Si, por el contrario, el dolor tuviera sentido, entonces se daría una narrativa capaz de integrar la vida en un horizonte de significado, afirma Han, y aduce que Walter Benjamin se pregunta qué pasaría si el enfermo continuara con la narrativa con la que comienza la consulta con

el médico, quizá la enfermedad desaparecería. El dolor es el que pone en marcha la narración. Para Han, lo que duele más al ser humano es el sinsentido de la vida misma.

Evidentemente, el dolor no se puede expulsar de la vida del ser humano. Reprimir el dolor solo equivale a potenciarlo. Para Han, el dolor proviene de diversas formas de violencia, entre ellas están las represiones. Se debe estar consciente de que la violencia es también el exceso de positividad. El individuo está constantemente instándose a sí mismo a rendir, la sobrecarga da sus frutos y sobreviene la depresión. Hoy en día ya es una epidemia global el autolesionarse; esta conducta remite a una sociedad dominada por el narcisismo y el egocentrismo. La persona está sola, no está viviendo la experiencia sanadora del alivio que proviene de la mano del otro, de ser tocado e interpelado. En este punto, consideramos que el autor pudo haber ahondado en el tema de la Ética del Cuidado, la cual propone precisamente fomentar valores como la empatía, la generosidad y la solidaridad.

Otra de las ideas, que aborda Han, es que el dolor es “la encarnación de una verdad”; sólo las verdades duelen, afirma. El dolor es vínculo. Nuestra sociedad ha cosificado el amor, lo ha degradado a objeto sexual, con el afán de evitar el dolor. El dolor tiene el poder de agudizar la percepción de sí mismo, perfila el Yo y da noticias de los propios límites. El ser humano está evitando a toda costa el dolor, por lo que se vive en una irrealidad. Sin embargo, afirma Han, paradójicamente el dolor es buscado de alguna manera o de otra; la prueba son los deportes extremos y las actividades de riesgo, lo cual puede traducirse como una búsqueda de la certeza de la propia existencia.

La poética del dolor ha terminado y sin narrativa la vida puede terminar en demencia, el dolor inspira, la pasión por escribir es inconcebible sin el dolor, pues es este último el que estimula la imaginación. “El espíritu es dolor. Sólo gracias al dolor el espíritu alcanza un nuevo conocimiento, una forma superior de saber y de conciencia” (*ibidem*: 61) El dolor es el encargado de la formación del espíritu, gracias a su negatividad, en la contradicción, el espíritu se transforma, alcanzando formas superiores. A la par, el dolor es constitutivo del pensamiento. Inteligencia significa (escoger entre); es decir, es una capacidad que nos permite discernir, pero que no es capaz de engendrar lo *totalmente distinto*. En eso se diferencia del *espíritu*. El dolor hace que el pensamiento sea más profundo. *El dolor es lo único que transforma la inteligencia en espíritu*. El autor hace alusión a Nietzsche

tomando la idea de que el dolor es “el último liberador del espíritu” y es éste el que, incluso, nos lleva a una nueva valoración de todos los valores, a un cambio radical de perspectiva. A diferencia del placer, el dolor suscita procesos reflexivos. El dolor es vida.

En suma, Han mantiene un diálogo a través de la obra con diferentes pensadores, como Kafka, Heidegger, Lévinas, Nietzsche, aunque el telón de fondo es el pensamiento de Hegel. La obra es breve, por lo que resulta difícil ahondar en la profundidad de los conceptos y fundamentarlos con mayor exactitud. Aun así, el autor logra, a través de sus reflexiones, inquietar al lector en aras de conmovirlo con la finalidad de que despierte y se dé cuenta de las consecuencias que acarrea la fobia al dolor. Al no descubrir su radical valía, el ser humano se condena en varios sentidos y las repercusiones sociales no se hacen esperar. El libro puede cimbrar al lector, pero también ofrece la esperanza del cambio y la renovación, la clave está en despertar de la anestesia generalizada que nos envuelve.

Referencia

Han, Byung-Chul. (2021) *La sociedad paliativa*. España: Herder.